

Gabardina dentro

Libio Manuel Ramírez / Facultad de Derecho

Todos debemos serlo, porque todos podemos, cada cual en su medida, ser originales, no se trata de innovar sino de hacer lo viejo como si siempre fuese nuevo.

Miguel de Unamuno

Por ejemplo esta tarde podría meterme en mi gabardina, como dentro de una muerte perfectamente diseñada; y andar y andar por las calles resolviendo con oficio de fantasma algunos crucigramas que la soledad nos impone.

O podría también imitar la bellísima libertad de los perros sin dueño, pero uno (hay que aceptarlo) va teniendo reservas con el viento.

Lo importante sería echar parejas con los relojes, tener un hambre de ciudades en las plantas, que los pies amaran toda la tierra; habría, pienso, que enterrar la parte conservadora del pellejo, y desarrollar como locos auténticos esta piel capaz de crear su propia luz.

Y de verdad que este crecer del hombre, y no hablo de sus huesos, es este viejo y nunca resuelto problema de las dos pieles. Yo pienso largamente en estas cosas, hablo con los demás para saber si se trata de una locura privada o pública; y me da algunas veces, un oceánico gusto reconocer ciertas familiaridades fantásticas, cierta identidad de insomnio, cierta sed increíblemente igual.

Les digo que podría echarme llave y, gabardina dentro, dejar que el corazón hiciera cuentas.

Y seguiría vagando, soñando abiertamente, y haciendo castillos y castillos y castillos; hasta demostrar que el asesino no es el viento



El pocito

Víctor García M. / Ciencias Políticas y Sociales

Salían desparramándose como si brotasen de un hoyo. Mudos, idénticos a sí mismos. . .

La mañana estaba fría; corría un vientecito que calaba hasta los huesos. Nos habíamos citado en la Plaza del Reloj. Los momentos de espera se prolongaban. Temía que lo descubrieran y todo cayera por los suelos. El "Bolas" estaba totalmente destrozado. Lo que en un principio era una angustia, hoy simplemente era su conducta.

. . .pinche Bolas a lo mejor no viene. Déme un café y un tamal con telera.
. . .no mano, ¿tú crees? yo que tengo un chorro de años en esta lucha, ¿cómo

no voy a saber lo que estos cabrones hacen? Ese que le dicen el Mantequilla, junto con Hernández, han vendido las huelgas, mano, les conozco todas sus cochinadas.

El recuerdo y el frío me hicieron caminar. Me volví a asomar... nada.

voy a chingármelos a todos, ya estamos cansados de esperar. Consígueme unas granadas y verás como les va a esos cabrones.

¿Qué pasó Bolas, nos vemos con los compañeros hoy en la noche? Sí mano. Sólo que la gente está asustada por lo que le pasó a Juan. Tienen miedo que también los despidan...

¿Cuánto le debo señora? Échate un café... Déme otro café con tamal y pan. Estaba inquieto, algo me preocupaba y no acertaba a saber qué era.

La noche anterior Roberto me había hecho casi una confesión. Pinche mundo mano, a uno siempre le cargan la mano. Ya ves; ahí tienes a Rogelio, diciéndonos que se metería en esta lucha hasta el fondo... puros culeros; que muchos licenciados, que nos buscarían un trabajo. Hasta la fecha, ¿qué hay?, nada mano. Lo que tú dices es cierto, todo es la puritita verdad mano; pero sin dinero ¿qué hacemos? Ir a la casa, acostarse con la vieja... ¿y después?

El bolas comía con desesperación. Ahí estaba un simple obrero despedido... ¿alcanza para otro tamal? Sí, écheme otro con pan.

...a lo más llegaría a unos treinta años, siempre había trabajado en la mina. Con una voz pastosa y gruesa, empezó a hablar. ¿Crees que sepan aquellos que hemos preparado a los cuates para la asamblea? Ya viste, el flaco le dijo a José, ¿que qué es lo que andábamos haciendo?, que si nos andábamos reuniendo. Pero eso sí, ni se las van a oler cuando lleguen todos allá.

¡Seguro que les avisaste a todos! ¿Verdad? Sí, sólo es cosa de que no se les olvide a los otros y pasen por los demás.

Siempre se había quejado de su situación, pero nunca había participado como ahora. Seis hijos y sólo uno de ellos trabajaba.

...bueno mano, yo me voy, nos vemos en la noche.

El Bolas se despidió de mí. Me le quedé mirando, hasta que dio la vuelta en la esquina. El Bolas me repetía para mis adentros. Pinche clase obrera, me dije y eché a caminar rumbo al pocito.

El encabezado decía que por fallas técnicas. Veintisiete hombres en una "jaula", que se habían desplomado a más de trescientos metros. Veintisiete muertos era el saldo. En ese mes los mineros estaban exigiendo aumento de salario. La huelga que se había previsto no se realizó. La empresa había concedido darles cincuenta centavos. En total dos pesos lograron, con tres despidos, el Bolas, Roberto y Manuel. Ahora luchaban porque se les reinstalase. La famosa unión, en la que Rogelio participaba, les había prestado ayuda al principio, y había prometido firmemente seguir la lucha. Cartas, visitas al gobernador, a los secretarios, desplegados en los periódicos, charlas políticas. La situación no había cambiado; por el contrario, hoy estaban afuera los líderes.

Estaban llegando. Juan me vio, sonrió y me hizo una seña, a manera de saludo. La neblina me impedía ver con claridad los rostros de los demás mineros. Me acerqué un poco más a la entrada. Seguía contemplando aquella rutina, obreros caminando en silencio, como si hubieran agotado todo, y ya nada tuvieran que decirse. Zapatos, gruesos pantalones que despedían un olor a tierra húmeda, un casco, era en muchos casos la distinción. Sabía que ya no les permitían meter pulque a la mina, sin embargo se pasaba de contrabando. El huangoche, el tesoro más querido, frijoles y tortillas.

Un rumor volvía a aparecer en esa masa, que la tierra se iba tragando lentamente, era el rumor de cansancio, agotamiento, alguien decía que habría que lograr la huelga.

Sentado ahí, frente a esas caras milenarias me iba consumiendo por mi impotencia. La neblina me hacía inmune, pero me empezaba a asfixiar en ese mundo que no acertaba a comprender.